

Daniel Innerarity, *Comprender la democracia*, Barcelona, Gedisa, 2018, 96 pp.

Comprender la democracia, de Daniel Innerarity, es un ensayo en el que el catedrático de filosofía política y social trata de explicar y ofrecer soluciones a la confusión y al desconcierto en el que viven muchos ciudadanos respecto a la actualidad política. Hoy en día, los países disfrutan de baja calidad de democrática, y necesitamos que la ciudadanía comprenda y observe críticamente la política. Una buena democracia, una democracia de calidad necesita y sobreentiende que los ciudadanos van a contemplar y enjuiciar la vida política.

En la introducción, el autor plantea la relación entre democracia y complejidad. La democracia sólo es posible gracias a un aumento de la complejidad de la sociedad, pero esa misma complejidad parece amenazar a la democracia (p. 30). De hecho, en una sociedad democrática, entre la competencia de la gente y las expectativas de competencia, existe un desacuerdo. La democratización aumenta el nivel de complejidad social. Frente a los problemas existentes, el autor plantea como solución *fortalecer la cooperación y la organización institucional de la inteligencia colectiva* (p. 31).

El libro comienza tratando de mostrar el desajuste entre la democracia y los ciudadanos. Según el autor, en la actualidad la política está en manos de gente incapaz y además vivimos en una sociedad en la que, debido a la falta de claridad en la información, es difícil enjuiciar. Y esto sucede ya sea por un exceso de información que impide que se comprenda bien la cuestión a estudiar, o bien por encontrarse la gente mal informada o simplemente estar desinteresada. La génesis de los problemas políticos reside en que la democracia necesita unos actores que la propia democracia no puede crear. La incapacidad de procesar la información, la complejidad de los temas y la contingencia de las decisiones son las causas que dificultan la observación crítica de la política.

Sin embargo, la democracia requiere de forma imprescindible de una opinión pública que tenga la capacidad de ejercer un control efectivo sobre el poder, que prescriba las críticas y que haga valer sus exigencias. Por lo tanto, si el gran público se encuentra imposibilitado para entender y juzgar, es posible que se produzca una confusión que puede explicar buena parte de unos comportamientos políticos regresivos como la simplificación populista, la inclinación al decisionismo autoritario, etc.

Uno de los criterios para juzgar si una sociedad está bien gobernada es que todos los ciudadanos deben entenderse, relacionarse e interactuar, y así la propia sociedad recibe la inmediatez de la comunidad, y todo esto debe ser visible y abarcable. Aquí se plantea el término “inabarcabilidad”, que explica muy bien el hecho de que las sociedades actuales no están en condiciones de satisfacer este criterio. Se deben producir los elementos de gobierno democrático en otras coordenadas de mayor complejidad y esta se desarrolla a través de una relación entre quien observa y lo observado. El principal problema es la pérdida de visibilidad social, la inteligibilidad de la

sociedad. La inserción en ámbitos supranacionales le hace perder inteligibilidad. La inabarcabilidad se debe tanto a la falta de información, de capacidad para asimilarla o al escaso interés del individuo, así como a la variedad de puntos de vista que puede ofrecer la observación y las diferentes conclusiones a las que llegan los políticos en contextos semejantes.

El libro trata de explicar asimismo la importancia de la complicación para la política. Un sistema social bien formado, además de reducir la complejidad, puede también estar abierto a cualquier cuestionamiento, puede fomentar la controversia, así como ampliar el abanico de interlocutores. En suma, permite la configuración de alternativas (p. 43). Naturalmente, la democracia es un generador de contingencia, de multiplicar las posibilidades. Por lo tanto, hay más asuntos que son objeto de discusión pública sobre los cuales se exige una decisión también pública.

El incremento de temas y opiniones implica cuestionar las líneas de demarcación que separan competencias, delimitan lo pertinente y protegen las zonas del poder (p. 44). La opinión pública promueve la reflexión e induce a la crítica. La contingencia, posibilidad de que una cosa ocurra o no, está ligada al devenir democrático, y tomar consciencia de esto nos conduce a concebir las circunstancias políticas como el producto de procesos históricos y no como un destino.

El capítulo “La adquisición de competencia política” es el más importante de todo el libro. En él se plantea que antes de abordar las soluciones al fortalecimiento de la inteligencia colectiva, sería necesario que se agruparan las posibles soluciones en la formación del juicio individual, las estrategias de simplificación y el recurso a los expertos. La incompetencia de los representantes suele ser un reflejo de la incompetencia de los ciudadanos. El autor destaca que la participación en el sistema político requiere cada vez más competencias y responde en tres aspectos a la pregunta de qué tipo de competencia se requiere. Este capítulo central está dividido en cuatro partes:

En la primera parte se muestra que no se les puede exigir a los ciudadanos que dominen todas las áreas de conocimiento o que se conviertan en expertos, se trata más bien de construir una visión general acerca de lo político. La capacidad de comprender la política es, lógicamente, acerca de la propia lógica de la política, y esta capacidad consiste en construir una imagen lógica a partir de toda una diversidad de opiniones e intereses. Esta capacitación política trasciende lo cognitivo para llegar a lo emocional de los ciudadanos. La formación y el saber mejoran la dotación cognitiva para la política y el interés por expresar la opinión y participar, sin embargo, no nos aseguran que se tomen las decisiones acertadas en cada momento. Por eso, entender la política no depende exclusivamente de la clase social a la que se pertenezca o del nivel de formación que se tenga.

En la segunda parte, el autor opina que el hecho de ser inabarcable depende sobre todo de la complejidad que la propia información produce, en otras palabras, su exceso ya es un auténtico peligro. La información, como hemos visto, es un requisito indispensable de la democracia, pero la detiene cuando se convierte en excesiva. Es peligroso despolitizar y desdemocratizar al ciudadano a través del exceso de información. Por lo tanto, el combate contra el exceso de información, la reducción cualitativa de la complejidad, tiene que ver con una adecuada gestión de la atención. Significa que no se ha de prestar atención a todo, interrumpir las deliberaciones, economizar la información (p. 59).

En la tercera parte, se trata de analizar estrategias de simplificación, que es trasladar el centro de atención hacia aquellos que toman decisiones, de los contenidos a las

formas, de la dimensión cognitiva de los problemas a su dimensión moral. Un tipo de simplificación es la fijación en las personas, otra es la moralización de los problemas que acompaña a la personalización de los asuntos. De todas maneras, simplificar es preciso y práctico, pero no nos van a ayudar en asuntos de gran complejidad.

En la cuarta parte del capítulo, se plantea que la delegación, la representación y el recurso a los expertos es otro posible remedio. Nos ofrecen la posibilidad de equilibrar la carencia de falta de experiencia directa y la necesidad de poseer un conocimiento personal sobre asuntos muy variados. No obstante, la delegación no es un procedimiento irreversible y el recurso al saber experto no siempre produce los resultados esperados. Por el contrario, pueden aumentar la complejidad del entorno produciendo más imponderabilidad y contingencia en los sistemas políticos. Por consiguiente, los expertos no están libres de toda perplejidad y la ignorancia tiene de este modo un efecto nivelador. Frente a determinados problemas complejos, los expertos o las élites están igualmente expuestas. En resumen, el sistema político en una democracia tiene que observar y controlar críticamente a sus asesores.

El último capítulo propone las soluciones democráticas que pueden hacer la política inteligible. El autor no está de acuerdo con la idea de que la competencia o incompetencia política es un asunto individual. Considerar la competencia política como una propiedad de los individuos es un error del elitismo. Por el contrario, la competencia es una propiedad compartida y su adquisición se realiza con toda su amplitud en contextos sociales. En su opinión, las capacidades individuales están sobrecargadas frente a la complejidad y como la ignorancia individual es insalvable, la única solución posible es fortalecer los componentes institucionales y organizativos de la inteligencia colectiva. Tenemos que mejorar el funcionamiento y la capacidad del sistema político, el aprendizaje colectivo, la competencia cognitiva, moral y emocional de aquellos que forman las sociedades para poder hacer frente de forma colectiva a la falta de certezas y a la complejidad.

Liu Ying